

UN GOLPE MILITAR EN CUOTAS

Por Carlos SUAREZ M.

III y Último

Ratificando la ceguera política que caracterizó toda su gestión gubernamental, María Estela Martínez pronunció un discurso en el congreso del Partido Justicialista que viene a resumir la estrechez de miras del llamado "entorno" o círculo aúlico de poder. Es así que en el reciente 6 de marzo, dieciocho días antes que los militares la desalojaran de la presidencia sin que los vociferantes "traidores a la horca" (referencia a la oposición popular y a los disidentes partidarios) movilizaran a nadie en su defensa, dijo: "En los titulares de los diarios se pone una cosa así de grande (?) que no tiene nada que ver con el contenido (...) Les vamos a dar con el hacha. Ya buscaremos la manera. Vamos a hacer lo que corresponda. Me tendré que convertir en la mujer del látigo si es necesario para defender la patria". La asimilación entre la patria y los menguados intereses de un círculo de incondicionales, por otra parte desconocidos en los años de las persecuciones y la lucha contra los regímenes militares posteriores a 1955, terminó siendo el factor decisivo para aislar a la mandataria del país y el pueblo.

En vano se buscarán medidas positivas en los veintiún meses que María E. Martínez detentó la presidencia. El conjunto de lumpenfascista que la redó, liderados por José López Rega, creía que un proyecto de gobierno se reduce a los negociados y la represión. Las grandes fortunas acumuladas en tan escaso tiempo evidencian la aplicación de los "occidentales y cristianos" en reforzar sus economías privadas, con lo que no hicieron sino seguir el ejemplo de otros defensores del "mundo libre" (Onganía, Lanusse, Frondizi, etc.) que fundieron sus intereses con las concesiones al capital extranjero y los beneficios inherentes al control del Estado.

Pocas veces la historia de América Latina nos ofrece espectáculos de corrupción y entreguismo como el de María Estela Martínez, López Rega, Lorenzo Miguel y muchos otros jerarcas a los que

hoy los militares, tan cómplices o más que ellos en el usufructo de la expoliación al país, pretenden convertir en chivos emisarios de todos los males que padece Argentina. Para los mandos pentagonistas era una necesidad reajustar el aparato estatal, ya que el creciente desprestigio gubernamental posibilitaba un creciente desquicio social y económico, aparejando de paso el peligro de un desborde popular. El plan de utilizar al Partido Justicialista, ya vaciado de sus contenidos revolucionarios, para abrir el camino a su retorno al poder, desbrozando al mismo tiempo algunos obstáculos molestos (léase organizaciones obreras de base y agrupaciones guerrilleras), se cumplió hasta límites peligrosos. Ignorantes de la dialéctica de los procesos históricos, los militares confunden siempre a los dirigentes que ellos mismos controlan con las masas que esos grupos dicen representar, encontrándose de pronto ante realidades que no se explican ni atinan a confrontar con armas ajenas a la violencia represiva.

Alejandro Lanusse, ideólogo del golpe de estado de 1966, es también uno de los principales responsables del presente cuartelazo. El teniente general Jorge Videla ha reconocido en diversas ocasiones pertenecer al conjunto de los discípulos castrenses del ex presidente, quien no hace mucho tiempo manifestó "que esta vez las fuerzas armadas intervendrán después y no antes que las condiciones estén dadas". ¿Y cuando sería el momento en que las "condiciones" maduraran para el asalto al poder? Indudablemente al llegar María E. Martínez y sus colaboradores al máximo de im-

potencia política, o sea en el instante que su gobierno se asemejara a un fruto maduro desgajable con sólo tocarlo. Entre el 23 y el 24 de marzo quedó concretada la operación y las masas populares no respondieron con ninguna movilización o huelga de importancia al motín; nadie que sea consciente del deterioro sufrido en el nivel de vida de los obreros y la clase media podía esperar.

HACIA UN NUEVO FRACASO MILITAR

Los sectores que conforman el andamiaje de dominio antipopular (fuerzas armadas, partidos políticos tradicionales, sindicalismo burocrático, oligarquía terrateniente, burguesía comercial intermedia, etc.) facilitaron por diversas vías el presente desenlace político. Frente a la oposición real (comisiones internas de fábrica, coordinadoras sindicales de base y organizaciones guerrilleras) los grupos de poder sólo atinaron a levantar la opción de la "defensa" de instituciones filiadas con la Constitución de 1853. A la vez, aquellos partidos que difundieron la tesis de que la violencia surgía de un enfrentamiento de "la ultraderecha con la ultraizquierda", desviaron a sus adherentes del verdadero sentido de una lucha que obedece a causas profundas. Cuando una sociedad no ofrece a sus cuestionadores otras respuestas que la cárcel, la tortura o el asesinato sistemático de las bandas paraestatales, significa que ha perdido la capacidad de cambio indispensable para subsistir sin convulsiones sociales de envergadura. Y en ese pecado hallan hoy la penitencia los inveterados partidos liberales, que en cómplices de la talla de Ricardo Balbín exhiben la tremenda responsabilidad ante los días de guerra y luto que le esperan al país.